

la tarde llamó seis hombres, y les mandó pusiesen al enfermo sobre una caballería que tenia prevenida para llevarle al sepulcro del santo Labrador. Fueronle acompañando, y tres hombres de un lado y tres de otro, le fueron teniendo hasta la Iglesia. Llegaron á la puerta, y baxando de la cavalgadura la lastimada carga, entraron dentro, y se quedaron toda la noche velando el enfermo, su muger, y otras personas que acompañaron. Encendieron las velas que llevaban, y pusieronse todos á hacer oracion. Entrada la noche, el enfermo velaba en fuerza de sus dolores: los demas, oprimidos del sueño, se quedaron dormidos; solo Doña Eugenia perseveraba en oracion.

Tanta era la confianza que habia esta Señora tomado con S. Isidro, que viéndose fatigada del sueño, pidió á Dios la concediese pasar la noche sin dormir, para ser testigo de vista del milagro que esperaba en su marido. ¡Rara fe y exemplar confianza! Hallándose en fin bien despierta, á media noche vió que su enfermo meneaba los brazos, juntaba las manos, extendia las piernas sin embarazo; y últimamente vió que

doblado todo el cuerpo, se puso de rodillas delante del altar, besaba con mucha devocion la tierra, y se abrazaba una y muchas veces con el sepulcro del Santo. Doña Eugenia, que vió esto, no cabiéndola el gozo en el pecho, iba á desatar la lengua en gritos, para llamar á los que dormian, á fin que viesen tan manifesto el milagroso poder de S. Isidro. Su marido D. Juan, como persona de prudencia, la dixo no desasegase la gente hasta la mañana, que lugar les quedaba para certificarse del prodigio.

Prosiguieron los dos buenos casados en oracion, dando gracias al Cielo por tan crecido favor. Al romper el día, luego que despertaron los demas, y vieron á D. Juan en pie, que se paseaba sin impedimento, y que no tenia ya señal alguna de baldado, se quedaron mirándose unos á otros con asombro. La buena Doña Eugenia, con su orgullosa devocion, no se cansaba de ponderar á cada uno que llegaba el milagro, moviendo las almas á alabar á Dios, y dar gracias al Santo. Quedáronse allí hasta que oyeron Misa y los Oficios Divinos; y habiendo
ofre-

ofrecido el cirio grande de cera, se volvieron todos á casa. Por las calles que pasaban oían mil parabienes y enhorabuenas, y todos los que el día antes habían visto llevar á D. Juan tullido, y baldado totalmente, al verle caminar sano por su pie, se deshacían en bendiciones y alabanzas del Santo Patron.

Arrimado al Hospital Real del Buen Suceso se ponía ordinariamente á pedir limosna un pobre tullido. Hallábase tan impedido, que no se podia menear sin dos muletas, y aun con ellas andaba muy dificultosamente. Un día se mostró en la puerta del Sol á vista de todos sin muletas, saltando, brincando, y alabando á Dios. Con esta novedad se llegó á él mucha gente, y preguntándole cómo había sido aquello, á todos respondía, brincándole en el pecho el corazón de placer: *Yo fui á la hermita de S. Isidro, y allá le dexé las muletas, porque ve aquí que el Santo me ha puesto bueno*; y daba una carrera, y volvía. Testificó esto Pedro de Cuenca, que lo vió en compañía de sus padres.

Luis de Medina, vecino de Segovia, hallándose sastre en Madrid, le sobrevino en

una rodilla tan pernicioso mal, que ningun remedio le aprovechaba, y ni Médicos ni Cirujanos acertaron con la cura de aquel tan extraordinario accidente. Sus conocidos, viendo que en fuerza de su excesivo dolor estaba en un continuo grito, le llevaron en una caballería á la hermita de S. Isidro. Entraron al enfermo impedido en aquel Santuario, y despues de encomendarse muy de veras al Santo, bebió un poco de agua de su fuente. ¡Cosa milagrosa! Al punto se le quitó el dolor, y á pie se volvió á Madrid sano y bueno, como si no hubiera tenido mal alguno.

No son menos dignos de admiracion los muchos y grandes milagros que ha obrado en sanar de mal de ojos, y dar vista á ciegos, de que se podia hacer libro entero. Entre otros, fue uno prodigioso aquel con que logró poca fortuna Pedro Fortunez. Padezia este en un ojo tan recio mal, que le ocasionaba indecibles dolores. Hiciéronle varios remedios, pero todos tan sin efecto favorable, que los Cirujanos y Oculistas le dieron por incurable. Acudió con todo su corazón á buscar su remedio en San Isidro; y este bendito Santo,

que en remediar semejantes enfermedades siempre fue liberal, se dignó de oír sus ruegos. Aquel ojo, que tenía ya perdido sin remedio, se le restituyó milagrosamente á su lugar, con la misma perfección y claridad que tenía antes de la dolencia.

María Álvarez fue poco á poco perdiendo la vista, hasta que llegó á quedar del todo ciega. Afligióse la buena mujer con semejante trabajo; y mas habiendo experimentado que los medicamentos humanos no la servian sino de mayor daño. Encomendóse á S. Isidro; y sus parientes, viéndola ciega, y con tanta aflicción, la llevaron á su sepulcro. Ofrecieron por ella unas velas de cera, para que ardiesen en su altar, y luego recibió la luz de sus ojos por los méritos del bienaventurado Padre S. Isidro (1). Otra niña, llamada Romana, tuvo por mucho tiempo perdido un ojo. Lleváronla sus padres al sepulcro del Santo, y dentro de nueve días recuperó la vista.

Otro vecino de Madrid llamado Esteban, padeció un mal tan grande en los ojos, que en fuerza del dolor se quedó

ciego. Compadecidos sus parientes le llevaron á visitar el sepulcro de S. Isidro. Hincados de rodillas delante de él hicieron oración por aquel pobre ciego, y antes de acabar cobró milagrosamente la luz y salud de sus ojos. Lo mismo sucedió delante del propio sepulcro á otro buen hombre, llamado Bartolomé, despues de haber estado sin vista mucho tiempo en fuerza de una dolencia grave. Y á Maximino Perez, que estaba cercano á cegar de todo punto, con llevarle de la mano á la Iglesia de S. Andres, y haberse encomendado allí al bendito S. Isidro, le miro el Cielo con tan benigno aspecto, que volvió á su casa con vista entera y perfecta.

Pasemos á otro prodigio, que merecia muchas lenguas y plumas para el aplauso. Una virtuosa doncella, cuyo nombre era Flor, cayó en una enfermedad tan grave, que la privó del habla, dexándola muda totalmente. Su madre, que era viuda y pobre, sentia mucho ver con aquel trabajo á su hija, á quien queria entrañablemente, ya por ser única, ya por ser buena, y

(1) *B. Patris Isidori suffragantibus meritis. Diac.*

el único alivio de su ancianidad. Encomendábala todos los dias á nuestro Señor y á la Virgen Santísima. Flor, que con la leche mamó tambien la virtud de su buena madre, no se descuidaba tampoco en pedir á Dios su remedio con el corazon, ya que con la lengua no podia. Un dia, que esta bien inclinada doncella se hallaba mas fervorosa en la oracion, comenzó á invocar con el alma en lo interior de su pecho á nuestro glorioso Patron: prosiguió llamándole con el corazon, y despues con la lengua, repitiendo una y dos veces su santo nombre, diciendo clara y distintamente: *San Isidro, San Isidro*. De allí en adelante habló perfectamente, admirando á quantos la escuchaban, y alegrando á los que la conoçian.

No es menor prodigio el que experimentó una sorda. En una ocasion que tuvieron públicamente descubierto el cuerpo del glorioso Labrador por espacio de ocho dias, concurrían á venerar, y ver aquel precioso tesoro innumerables personas. Una viuda llamada Doña Isabel Teñez, iba todos los dias por mañana y tarde, llevando siempre aceyte para las lám-

paras que ardían delante del cuerpo del Santo. Hallábase esta Señora siete años habia sorda; y tanto, que ni aun las campanas oía quando estaba en la Iglesia. Afligiala mucho este trabajoso impedimento: suplicaba á S. Isidro todos los dias la diese por amor de Dios aquel sentido, que tanta falta la hacia.

La mañana del último dia fue con Doña Maria de la paz, su hermana, á la Iglesia; y estando la pobre sorda haciendo oracion á su Santo Patron, la sobrevino de repente un tan grande ruido en la cabeza, que cayó en tierra desmayada. Acudió la hermana, y levantándola del suelo volvió del parasismo. Pusieronse las dos á oír Misa, y al elevar la sagrada Hostia dixo Doña Isabel á su hermana: *Maria, me parece que oygo la campanilla*. Con voz baxa respondió Doña Maria: *Oxalá: no fuera poco consuelo para mí*. Acabaron de oír Misa, y volviéndose á casa experimentaron por el camino el milagro, pues oía claramente quanto iban hablando. Todos daban gracias á Dios, porque sabian que todos los remedios que fueron posibles se la habian aplicado en

el dilatado tiempo de siete años, que había padecido aquella mortificación, y no hubo poder humano para darla el oído. Como ahora veían lo que milagrosamente obró el santo Labrador, le quedaron muy aficionados y devotos.

Con una manca obró otro milagro, y fue así: quatro meses continuos estuvo manca de la mano derecha, y con todo el brazo baldado una muger llamada Sancha. Hallábase impedida para la labor y todo género de obra de rueca y aguja, de que dependía su sustento. Solo Dios sabe la aflicción que padece una muger honrada y vergonzante en semejantes aprietos; pero el Divino Padre, que envía el trabajo, no negará el alivio. Tenía Sancha mucha devoción con S. Isidro, y estando un día en la Iglesia donde se adora su cuerpo, le pidió llena de lágrimas su remedio. Movida de superior impulso se levantó de la oración y se llegó á su sepulcro. No hizo mas que tocarle con la mano árida, quando mano y brazo al punto quedaron con perfecto movimiento. Dió la consolada muger muchas gracias á su bienhe-

chor, y se volvió á su casa revosando sus ojos en lágrimas, no menos que su corazón en gozos.

CAPÍTULO VIII.

Mortales accidentes que solo en los lienzos, velo, mortaja y otras reliquias de S. Isidro hallaron milagroso remedio.

Quando el Infante D. Fadrique, hijo segundo del Rey S. Fernando, militaba en el ejército de su hermano el Rey D. Alfonso X en el año de 1269, se alistaba debaxo de su bandera Pedro Dominguez, natural de Guadalaxara. Envióle el Infante á ciertas diligencias, y pasando por Madrid se le agravó un mal de garganta, que le había sobrevenido con bastante aprieto. Cargóle una hinchazon tan grande, que aun no podía pasar el agua sin mucha dificultad. Precisábanle los encargos de su Alteza, y el mal le imposibilitaba continuar el viage. No dexó remedio ni medicina que no procurase para conseguir quanto antes la salud, pero todo era en vano y nada le salía bien. Hallándose con

es-

esta pesadumbre oyó la fama de los milagros que hacía con los enfermos el pañuelo ó lienzo con que S. Isidro Labrador se limpiaba el rostro. Alegróse mucho con esta noticia, y se fue derecho á la Iglesia donde se veneraba. Pidió con mucho afecto se le pusiesen sobre la hinchazon de su garganta, y fue en tan buena hora, que apenas le tocó, quando de repente (en un cerrar y abrir de ojos, dice el Diácono) se le quitó la inflamacion, y quedó libre de aquella especie de garrotillo. Dió muchas gracias al Señor, y prometió que por qualquiera parte que fuese, no cesaria de publicar la santidad del gran Varon de Dios Isidro.

María de Paz, muger de Francisco Perez, batidor de oro, buscando algunos trastos en una arca grande de madera, se cayó de improviso la tapa de aquel arcon, y la cogió el brazo derecho. De tal manera fue el golpe que se le desconcertó por el hombro, causándola tan recios dolores, que de dia y noche estaba en un grito, sin poder reposar poco ni mucho. Vino el Cirujano, y la puso una biz-

ma; pero á poco tiempo se la quitó y arrojó, por no poder sufrir mas los dolores que con ella se la habian acrecentado. Vino á visitarla una hermana suya; y viendo los extremos con que se quejaba, compadecida de su mucho penar, sacó del pecho un pedacito de madera del arca en que estaba colocado el cuerpo de S. Isidro, y dixo á la enferma: *Hermana, toma esta reliquia de S. Isidro Labrador, que con ella espero en Dios te se ha de quitar el dolor y sanar el brazo.* Tomó la enferma aquel pequeño pedazo de madera, y se le puso sobre el brazo desconcertado. No hizo mas que llegar la reliquia, quando la entró un ardor tan grande en el brazo, que todo él parecia se abrasaba. Dentro de un quarto de hora ya le manejaba sin dolor, y sin otra medicina se le puso en concierto y tan sano, que nunca le volvió á doler. Despues vino el Cirujano á curarla, y al ver el brazo tan bueno y fuerte se quedó suspenso. *¿Qué te parece?* Dixo María de Paz: *Me llevaste quatro reales por curarme, y nada aproveché lo que hiciste.* A que respondió el

el Cirujano: *Bien se pueden dar por bien empleados los quatro reales, y aunque fueran quatro mil, por lograr una curacion tan breve y milagrosa como esta.* Lo cierto es que medicinas temporales no se la podian haber dado con tanta perfeccion y brevedad, en juicio y sentir de quantos lo vieron.

En la villa de Bilbao, por el mes de Junio de 1596, corrió una peste general de tabardillos recios y peligrosos. Hallábase á este tiempo en dicha villa Doña Leonor de Godoy con un hijo y dos hijas. A todos tres les cogió el tabardillo á un mismo tiempo, y les puso en tal extremo, que los desahuciaron los Médicos, y las dos hermanas recibieron la Extrema-Uncion. Doña Leonor escribió á su madre Doña Luisa de Godoy, que estaba en Madrid. Dióla cuenta de la enfermedad y peligro en que estaban sus nietos; y la abuela determinó al punto ponerse en camino para Bilbao. Entre tanto que se disponia el viage remitió delante, en una caja pequeña, un pedazo del velo con que habia estado cubierto en su urna el cuer-

po de S. Isidro, escribiendo á su hija pusiese sobre los enfermos aquella reliquia del Santo con fe y confianza de que sanarian. Duró á los tres enfermos mas de dos meses el peligro; y en este tiempo cayó tambien con la misma enfermedad su madre Doña Leonor.

Quando Doña Luisa llegó de Madrid á Bilbao halló á su hija y á sus tres nietos á qual mas de peligro; particularmente la nieta mayor (que se llamaba Doña Luisa como su abuela) estaba ya sin habla, sin sentido, sin pulso, y con las agonias de la muerte. Luego que la abuela vió á su mas querida nieta en tanto extremo, preguntó por la reliquia que habia enviado, tráxéronse la, y la puso sobre la moribunda, pidiendo al Santo con mucha devocion la vida y salud de aquella criatura. ¡Cosa prodigiosa! Al punto volvió la enferma á su cabal sentido, y pidió la diesen una almendrada. Quedaron todos pasmados á vista de una tan repentina mejoría. Pero aun lo mas admirable es, que preguntándola su abuela: *Hija, ¿quién te ha dado vida?* Sin saber ella que la habian puesto aque-

aquella reliquia, ni tener entonces noticias de S. Isidro, respondió muy pronta: *San Isidro de Madrid me ha sanado; y esa reliquia suya ponérsela á mi madre y á mis hermanos, y sanarán tambien.*

Doña Luisa, por no quitarla la reliquia, la dividió en quatro partes, y poniendo á cada enfermo una, sin mas medicina se libraron del peligro en que se hallaban. Fue esto con tan conocido milagro, que así Doña Leonor como sus hijos cobraron la salud con tanta brevedad, que dentro de solos dos dias, despues de puesta la sagrada reliquia, se levantaron de la cama todos quatro buenos y sanos. No solo esto, sino que desde entonces no hubo mas enfermedad en aquella casa, con ser tan contagiosa la peste que á todos se pegaba, y moria mucha gente. Este es el primer milagro jurídico en el Proceso de la Canonizacion del Santo, recibido en tiempo del Cardenal Archiduque.

Otra Señora, llamada Doña Juana de Paz, tenia una toca suya, tocada al cuerpo del Santo. Estaba enferma de unas calenturas, que la entraban con el aparato de frios y temblores muy penosos. En

una ocasion que la dió el frio y calentura mas reciamente que lo ordinario, mandó á su hija Doña Maria de Figueroa la diese aquella toca, que guardaba como reliquia. Tráxola Doña Maria, y dió-sela á su madre. La buena Doña Juana se puso la toca con devocion y afecto, y luego se limpió de calentura, sin volverla otra vez.

Un Valenciano llamado Antonio Benito, estaba tan quebrado, que se le baxaban las tripas, y moria de dolores. Estando en Madrid tuvo no sé que riña, y por temor á la Justicia se retiró á la Iglesia de S. Andres. Aquí le oyeron muchas veces el Doctór D. Juan Molina, Capellan de la Emperatriz, y Diego Bravo, Sacristan de la Parroquia, quejarse con descompasados gritos, en fuerza de los penetrantes dolores. Mientras estuvo retraido habia tomado alguna devocion al santo Labrador; y una vez que le apretaron los dolores con vehemencia fue á su Capilla, y untándose con el aceyte de una de sus lámparas, quedó tan sano como si nunca hubiera tenido tal mal. Luego que experimentó prodigio tan manifiesto, saltando y brincando de gozo,

comenzó á dar voces : *Señores , Señores , milagro y grande , que el bendito S. Isidro me ha sanado en un momento de una enfermedad tan penosa.* Entre los que concurrieron á estas voces fue uno el Doctor Molina , que despues afirmó , que habiéndole conocido de allí adelante , no le volvió á oír quejarse de tal mal , y siempre le experimentó muy devoto del Santo Patron de Madrid.

CAPÍTULO IX.

Especiales sucesos en que resplandeció la maravillosa virtud que para hacer milagros comunicó San Isidro á una colcha que cubrió su difunto cuerpo.

Célebre es en la Dívina Historia la capa del gran Profeta Elías , pues cubriendo su cuerpo participó virtud para obrar maravillas. No es menos digna de celebrarse en la Historia Eclesiástica una colcha ó cobertor , que cubria á S. Isidro en su sepulcro ; pues con haber tocado aquel sagrado cuerpo adquirió poder para obrar , como ha obrado , tantos milagros , que nos obliga á poner capítulo particular á fin de his-

toriar algunos , aunque otros quedan ya referidos , y muchos entrega al silencio la brevedad.

En 1591 le acometió á Blas Muñoz una enfermedad tan rigurosa , que á las veinte y quatro horas le daban todos por muerto. Hacia muchos años que no habia estado enfermo , y por consiguiente gozaba de bastante robustez , la qual le sofocaba bastante. Conociendo él (era barbero y sangrador) el sumo peligro en que se hallaba , por la grande inquietud que le ocasionaba el mal , y los muchos dolores que padecia , pidió los Santos Sacramentos (prueba de buen católico , como el rehusarlos en semejantes ocasiones lo es de no serlo) , y habiendo confesado , y recibido á Jesuchristo (no por eso murió) , quedó en su interior consolado , mas en el exterior se veia por instantes aumentado el peligro. Viendo la gente de su casa , que ningun medicamento le aliviaba , y de quando en quando le daban unos accidentes mortales , tomaron por último remedio invocar el patrocinio de S. Isidro. Traxeron la santa colcha , y estando al parecer de los que se hallaban presentes ya difun-

to el enfermo , luego que sobre su cama echaron aquel cobertor sagrado , dentro de un quarto de hora se le quitaron las congojas , le faltaron los dolores , se limpió de calentura y se levantó de la cama. Todos prorrumpieron en admiraciones y alabanzas , con justísima razon , á vista de una salud tan conocidamente milagrosa.

Una señora viuda , llamada Doña Maria de Nava , estuvo siete meses enferma de ceática. Aplicáronla diversas medicinas , y muchas de ellas la acrecentaban la dolencia. Sobreviniéronla á esto unas calenturas malignas ; y ya fuese por el daño de los medicamentos , ya por lo recio del mal , la dieron unos vómitos de sangre que la duraron quarenta dias. Sus Padres , que la vieron en peligro tan próximo de muerte , mandaron ir por la colcha que se ponía sobre el cadáver de San Isidro. Traxéronla de la Iglesia , y recibiéndola Doña Luisa de Godoy , su madre , se la dió á besar y adorar. Púsole despues extendida sobre la cama , y Doña Maria se encomendó muy de corazon al Santo. De allí á poco la entró un sudor copioso , y se la detuvieron los vómitos.

Tan buena se halló , que á tres dias se levantó de la cama , con admiracion de sus padres y de quantos la veian , celebrando todos por cosa sobrenatural aquella salud tan pronta y no esperada.

Por Pasqua de Navidad del año de 1593 se puso Christobal de Rios enfermo con unas tercianas dobles , tan recias que en un dia le daban tres y aun quatro crecimientos. Al quarto estaba ya de tal suerte , que no se podia executar en él medicina positiva. Tuvieron junta los Doctores Leon y Sepúlveda , sugetos de la mayor fama en medicina. Resolvieron en ella que recibiese al instante los Santos Sacramentos , porque tenia señales evidentes de morir aquel dia. Oyó esto el enfermo , y conociendo que por ningun medio humano podía salir de aquella enfermedad , llamó á Gracia Pizarro , su muger , y la encargó enviase quanto antes por la colcha de S. Isidro ; que pues experimentaban ser tan milagrosa para la salud de otros , esperaba seria tambien el único remedio para él. Quando acababa de recibir el Viático , estando en las agonias mortales , llegó la colcha , y luego que Gracia la vió , arre-

batándola de las manos á quien la traía , la echó al instante sobre la cama de su marido enfermo. ¡Oh prodigio divino ! Al mismo tiempo que cayó aquella santa reliquia sobre la cama , se alentó el enfermo , le faltó la calentura , y se puso tan bueno , que aquel mismo dia se hubiera levantado , á no ser tanta la debilidad y flaqueza. Vino por la tarde á visitarle el Doctor Leon , y tomándole el pulso , dixo que ya estaba bueno y sin calentura. *Es verdad*, dixo Christobal , *pero quien me ha curado es S. Isidro Labrador con aquel cobertor suyo.* Admirado el Médico , tomó la colcha con mucha devocion , y besándola repetidas veces dixo : *Es asi*, Señor Christobal , *á esta gran reliquia debe usted la salud. Dé gracias al Señor S. Isidro , que si no hubiera hecho este milagro , á estas horas ya estuviera usted en la otra vida.*

Por Pasqua de Espiritu Santo de 1595 estuvo Ana Maria Ruiz , muger de Gonzalo Fernandez de Viala , Escribano Real , muy mala de sobreparto. Sobreviniéronla tambien unas tercianas dobles , y en quatro meses que

la duraron , aunque la aplicaron muchas medicinas , ninguna la aprovechó. Se la fue internando tanto la enfermedad , que la puso en los últimos extremos de la vida. Estaba ya como muerta , desencaxada una quixada , y sin poder pasar ni un poco de caldo líquido. Vino á visitarla un Médico de Cámara muy acreditado , que era el que la asistia. Pulsóla , púsose á mirarla con cuidado , y viéndola de aquella suerte , volvió la espalda , diciendo que allí no habia que hacer mas que encomendarla á Dios , traerla presto la Extrema-Uncion , y disponer el entierro , porque dentro de una hora moriria.

Acababan de darla el Viático , y fueron luego por la santa Uncion. Estándola esperando , un hombre no conocido , que habia venido acompañando al Santísimo Sacramento , viendo á la enferma tan de peligro , á su marido y parientes llorarla con mucho sentimiento , y á la gente de casa andar disponiendo un aposento donde amortajarla , dixo : *Señores , bueno será traer la colcha de S. Isidro , pues con ella sanan los enfermos.*

Apenas oyó esto Gonzalo Fer-

Fernandez, quando sin detenerse fue por ella. Quando la traxo halló á su muger en un accidente mortal, tan falta de sentido, tan sin respiracion y tan fria, que al parecer de todos estaba ya difunta. No obstante, tendieron en la cama la colcha sobre la enferma: ¡ caso admirable! al punto se levantó de repente la moribunda, y con gran brio se incorporó sobre la cama, diciendo en alta voz: *Señores, San Isidro me ha dado ya salud. Miren que esto se tome por testimonio.* Por entonces se estaban haciendo pruebas para su Canonizacion solemne. Todos quedaron asombrados, con susto mezclado en admiracion, al ver tan brevemente con vida á quien poco antes creian indefectible despojo de la muerte.

Siendo de corta edad D. Joseph Lopez de Gevara tuvo una recia enfermedad, que al seteno le dexó sin sentidos, cerrados los ojos y boca, los dientes traspillados, y en el juicio de todos como muerto. Su madre Doña Luisa de Vargas Marisote, y todos los demas de la casa, querian con especial cariño al enfermo, y

viéndole de aquella suerte, le lloraban con notables extremos. Púsose la capa su padre D. Alfonso Lopez de Guevara y se fue á la Parroquia de S. Andres. Pidió la colcha de S. Isidro, y trayéndola con presteza, se la echó sobre la cama á su hijo. Luego que tocó al enfermo aquella alhaja santa, volvió al instante, abrió los ojos, y se le avivaron los sentidos. Conocióse claramente desde entonces la mejoría, y se continuó hasta que sin mas diligencia se puso del todo sano.

CAPÍTULO X.

Con el retrato del santo Labrador Isidro se libran unos de accidentes mortales; y otros con solo tocar su sepulcro en las dolencias hallan total remedio.

Entre los prodigios que ha obrado nuestro glorioso Patron Isidro con sus sagradas imágenes, no fue el menos admirable el que obró con Martin de Morales. Cayó este enfermo por el mes de Mayo de 1594, con unas calenturas continuas que le duraron mes y medio con excesivos crecimientos. Quantas

tas medicinas le daban le hacian mas daño que provecho. Hubo junta de Médicos, para ver que se podia adelantar en su remedio; pero la enfermedad habia arreciadose tanto, que todos convinieron en que era cierta su muerte, por mas experimentos que se hiciesen con él. Aun el Doctor Torres, Médico el mas afamado de la Corte, cada vez que le veía, le desahuciaba por momentos, diciendo, que para enfermedad tan desesperada, solo se hallarian Médicos convenientes en el Cielo.

Viendo Doña Beatriz Paloma, madre del moribundo, que los Médicos de la tierra dexaban á su hijo sin remedio, acudió al del Cielo, como el Doctor Torres decia. Acordóse que cinco años antes habia ella recibido de S. Isidro salud milagrosa, en una enfermedad que tuvo, con un poco de agua de su fuente. Envió por un xarro de ella, y se la dió á su enfermo, que apenas habia acabado de beberla, quando se puso peor, cayéndose en la cama tieso y extendido como muerto. Comenzó Doña Beatriz á llorar; pero sin perder la confianza en

el santo Labrador, cogió una imagen suya que tenia, y poniéndola encima del que pensaba difunto, con muchas lágrimas y devocion le suplicaba diese á su hijo vida y salud. Al contacto de la santa imagen recibió el enfermo conocida mejoría, y en breve tiempo se retiró lejos la muerte, y se acercó de todo punto la perfecta salud, que fue causa de repetidas alabanzas y gracias al glorioso S. Isidro.

Vaya otra maravilla muy semejante á esta, y merecedora de no menor aplauso. Un Cirujano, por nombre Alonso Sanchez, cayó enfermo de dolor de costado tan recio, que segun parecer de todos, y mas en dictamen del Médico, se moria sin remedio. Siempre habia sido Alonso Sanchez muy devoto de S. Isidro: y viéndose ya en tan manifiesto peligro, tomó por único remedio acogerse á su celestial patrocinio. Hallábanse junto á la cama, asistiéndole á la enfermedad su muger Mariana, y su cuñada Gerónima de Roxas. Viéndolas el enfermo tan tristes y afligidas las dixo: *Callad, mugeres, no lloreis, que nuestro Señor querrá dar-me salud, si me*
con-

conviene. Traedme aquella imagen de S. Isidro Labrador. Alcanzaronle una estampa del Santo que tenia en el aposento, y poniéndosela con gran devocion y confianza sobre el lado donde tenia el dolor, se quedó dormido. Dexaronle solo para que gozase algun rato aquel reposo; y quando despertó llamó a las dos hermanas. Acudieron á su voz con presteza, y preguntándole qué queria, respondió: *Ta, gracias á Dios, estoy sin dolor y sin enfermedad.* Tanto verdad fue, que á dos dias se levantó como si no hubiera tenido tal dolencia, publicando ser milagro de Dios, obrando por el sagrado retrato del bienaventurado San Isidro.

Otro gran testimonio del mucho valimiento que nuestro inclito Patron tiene con el Rey de los Cielos, es ver huir las dolencias, llegándolas á tocar en su sepulcro. Asi lo experimentó en 1566 una labradora viuda llamada Juana Perez. Hallábase molestada con un recio dolor de cabeza. Deseosa de verse libre de aquel mal, se fue á rezar á la Iglesia de S. Andres. Miró á una parte y á otra, y vió que no habia gente. Con

esta ocasion tan apropósito, se llegó al sepulcro de S. Isidro, y tocando su cabeza y ojos á la caja ó arca donde se guardaban sus santas reliquias, se la quitó el dolor y se halló libre de tan molesto mal.

A Luisa Gonzalez, tambien viuda, sucedió levantársela en la garganta una hinchazon maligna. De este accidente se la originó un recio dolor, que no solo la cogia el cuello, sino que se la extendia por toda la cabeza, con muchísimo tormento. Un dia se fue á la Iglesia de S. Andres, y se subió al altar de S. Isidro. Hizo allí una breve oracion, y tocando su cabeza y garganta á la urna donde se veneraba su santo cuerpo, al punto huyó el dolor, y volvió á su casa sin mal alguno, y muy contenta. Pero aun es mas notable el siguiente prodigio.

Maria Lopez, casada con Alonso Sanchez, cayó por Junio de 1594 con una enfermedad tan rara, que se la puso hinchado todo el cuerpo. Las piernas principalmente tenia tan disformemente gruesas, que no las podia menear. De esta suerte estuvo mas de cinco me-

ses causando lástima á quantos la veían. Su marido Alonso Sanchez, que el año antes con la coicha de S. Isidro habia sanado milagrosamente de unas calenturas y vómitos, que le continuaron siete dias, con la experiencia que tenia del patrocinio del Santo, le encomendó con muchas veras la salud de su muger. Ofrecióse á este tiempo abrir el sepulcro, para que D. Francisco Aldrovandino, sobrino del Pontífice, y General de la Armada Eclesiástica, venerase su santo cuerpo. Para que lo viese tambien y adorase, convidaron á D. Pedro Ponce de Leon, á quien llegó el recado á tiempo que estaba de visita en casa de la enferma. Suplicóle esta y su marido les hiciese favor de procurar entrasen ellos tambien á venerar al Santo, lo que hizo el Caballero con mucho gusto.

Conseguido el permiso llamó Alonso Sanchez algunas personas conocidas, y ayudado de ellas llevó su muger á la Parroquia de S. Andres. Subieron la enferma por las gradas del altar mayor, donde tenian puesta la urna con el cuerpo de S. Isidro. Apenas tocó la referida ur-

na, tesoro de tanta riqueza de milagros, quando inmediatamente se la quitó la hinchazon de cuerpo y piernas, y quedó con tan prodigiosa sanidad, que sin arrimo de otra persona, por sí sola baxó las gradas, y por su pie volvió á casa buena y muy alegre. En reconocimiento de tan gran beneficio se alistó en la Cofradía del Santo, y dió para su culto treinta reales de limosna. No fuemenos el contento de su marido y de quantos la acompañaron, pues todos se hacian lenguas en alabanzas y aplausos del milagrosísimo Patron de Madrid.

Aun mayor penalidad padeció otra muger que refiere la primera Historia. Era esta frecuentemente atormentada de un fuerte dolor de cabeza. Llegó tiempo en que la apretó tanto el mal, que en fuerza del dolor perdió la vista: y si con ella hubiera perdido el dolor, fuera mas soportable su trabajo, mas no por eso cesó, antes se le acrecentaba cada dia mas con la falta de visita, sin poder descansar de dia ni de noche. En una ocasion, estando en la Iglesia, la apretó el mal de tal suerte, que con grandes instancias

cias hizo que la acercasen al sepulcro del Santo. Abrazábase con aquel sagrado depósito de tan santo tesoro; con grande humildad le bebaba repetidas veces: otras tocaba su cabeza, y arrimaba los ojos á aquel respetable túmulo, pidiendo al Santo, que en él se veneraba, la diese algun alivio en tan crecida mortificacion. No fueron en vano sus lágrimas, pues al contacto del referido sepulcro huyó el dolor, y sin otra diligencia recibió allí la vista, quedando buena y sana milagrosamente.

CAPÍTULO XI.

Hace San Isidro su fuente fuente de maravillas, derramando sobre España copiosas corrientes de milagros, á beneficio de quantos necesitados buscan en estas prodigiosas aguas remedio, salud y vida.

Dios mismo vendrá, y os salvará, dice Isaías hablando del tiempo de la Ley Evangélica. *En aquel tiempo, dice, verán los ciegos, y oirán los sordos: entonces saltará como ciervo el tullido, y se aclarará la lengua de los mudos, porque brotaron*

las aguas en el desierto, y los raudales en la soledad del campo: y la que era árida se trocará en estanque, y la sedienta en fuentes de aguas. Bien se descubre en la letra de esta profecía la prodigiosa fuente con que nuestro santo Labrador honró el campo de Madrid, quando la tierra se hallaba tan sedienta, árida y seca, cuyas corrientes han fecundado la Iglesia Christiana con tanta diversidad de milagros, que fuera como intentar reducir á número las gotas de su manantial peremne querer contarlos todos. Un libro á parte merecia esta fuente santa para solo referir los prodigios que ha hecho su agua en todo género de enfermedades; y en verdad que no habia de ser de corto folio ni de pequeño tomo. Algunos quedan ya historiados; otros especiales escribiremos ahora, dexando otra gran copia de ellos, que se ven testificados en Procesos jurídicos.

Francisco de Orizalva, estando enfermo de tabardillo y dolor de costado fino, se le formó una apostema cerca del hígado, que acrecentó el sumo peligro en que se hallaba su vida. Quatro Médicos

que le asistian , se despidieron , porque en dictamen de todos se moria , y en las implicaciones de accidentes se hacia incurable su enfermedad. Esperaban ya su muerte tan por instantes , que le traxeron la mortaja , y dispusieron las cosas pertenecientes al entierro , que tenian por sin duda seria al dia siguiente. El enfermo , que no ignoraba esto , viéndose sin remedio en la tierra , acudió á buscarle en el Cielo. Levantó su corazon á S. Isidro , de quien era muy devoto , y se encomendó á su patrocinio con las veras que se pueden discurrir en un lance tan apretado. Sintióse luego con mucha mejoría , y llamando á los que le asistian , dixo que le llevasen á la hermita del Santo. Todos lo tenian por delirio , porque segun se hallaba , era imposible llegase vivo á ella , por estar muy distante de la Villa. Con todo eso fueron tan importunos los ruegos del enfermo , que á otro dia le cumplieron su deseo. A la hora que pensaban llevarle muerto á la Iglesia le llevaron vivo á la hermita. Hizo oracion allí , y saliendo despues á la fuente bebió un golpe de agua , con que se echó de ver mas

adelantada la mejoría. Volviendo á su casa le dió en el camino un vómino tan fuerte , que creyeron se les quedaba muerto entre los brazos ; pero fue tan al contrario , que vomitando con la apostema mucha cólera y vascosidad del cuerpo , llegó á Madrid , no solo con vida , sino con salud.

Estando en Esquivias Doña Juana de Briviesca un verano , la sobrevino un tabardillo y erisipela con tanta malignidad , que la deshaciaron los Médicos , teniendo por débiles todas las máximas de su facultad para impedir el asalto de la muerte , que se aseguraba tan cerca , que se envió á Madrid por los lutos y demas aparatos para el funeral de la enferma. No obstante , prosiguiendo la medicina en aplicar remedios , consiguió alguna mejoría , despues de mas de ocho meses de enfermedad. De resultas de esta quedó con el lado derecho como muerto , sin espíritus vitales desde el pie hasta el hombro , y con la boca torcida , privada totalmente de la facultad de la lengua. Volvió á Madrid , y fue cobrando alguna mejoría en el lado , pero no en el pie , que le tenia sin movimiento ;
ni

ni en la boca, que se le quedó sin habla.

Al mismo tiempo que esta Señora estaba coja y muda, sucedió á su cuñada Doña Luisa de Ayala, que una noche la entrase en el lado derecho un dolor de hijada tan penetrante, con inflamacion de vientre, que no la dexaba respirar, sino poco, y con mucho trabajo. Viéndose morir con tanto ahogo y dolor, prometió á su especial abogado S. Isidro, que si la sacaba de aquel aprieto mortal le iria á visitar á su hermita con alguna ofrenda ó limosna. Sin mas medicina que esta promesa se la quitó la hinchazon y el dolor dentro de un quarto de hora. Fue luego á la hermita á cumplir lo que habia ofrecido, y llevó en su compañía á la pobre muda y coja Doña Juana. Entraron las dos en el Santuario, y hecha oracion, despues de haber la una dado gracias al Santo por su bien, y la otra pedídole remedio para su mal, salieron á su fuente, y bebieron por devocion. Doña Juana, no contenta con esto, se descalzó y puso su pie árido á la corriente del agua: ¡caso prodigioso! al instante co-

menzó á sentirle con mejoría. No paró aquí el prodigio, sino que dentro de veinte y quatro horas se la enderezó la boca, y dixo: *Ya tengo mi pie bueno* (1). Repitiólo algunas veces, y prosiguió hablando con claridad, y andando con perfeccion, consiguiendo á un mismo tiempo con el agua de la milagrosa fuente, agilidad para los pies, y expedicion para la lengua.

Por insigne y grande celebraron los Jueces Apostólicos un milagro, que en el Proceso de la Canonizacion iba probado por quatro testigos de vista y cierta ciencia. Fue así: el Doctor D. Agustin de Fuente, Abogado de los Reales Consejos, cayó en Madrid con una enfermedad ran recia y grave, que los Médicos mandaron hiciese quanto antes testamento, dispusiese sus cosas, y recibiese el Viático, porque en su dictamen viviria muy poco. Así lo executó el enfermo, sin réplica ni dilacion, como buen christiano, sábio y discreto. Volvieron á visitarle los Médicos, y se ratificaron en su dicho, afirmando, que lo mas que podia vivir eran dos dias,

(1) *Saliet sicut cervus claudus, & aperta erit lingua, Isai.*

días. Por último remedio le dieron una bebida, diciendo, que si aquella no hacia efecto favorable, era en vano buscar mas alivio en la medicina. Recibióla el paciente; pero al instante, sin operacion alguna la vomitó entre las fatigas de un accidente, que le dexó sin habla y sin respiracion. Volvió en sí algun tanto, y con la débil voz que le dexaron formar los quebrados ahogos, dixo: *Por Dios, un poco de agua de San Isidro.* Corrieron por ella, y despues que bebió un poco, pidió á los que se hallaban presentes rezasen tres veces el *Credo*, porque él no podia. Hiciéronlo, y acabada la oracion, en aquel mismo punto quedó libre de la enfermedad. Vino luego á visitarle uno de los Médicos que le asistian, llamado el Doctor Mena: tomó el pulso, y mirando á D. Agustin, preguntó como asombrado: *¿Qué es esto? ¿Pues qué ha habido aquí?* Contáronsele, y el Doctor, apretándole amigablemente la mano, exclamó: *Señor Don Agustin, amigo, usted está del todo bueno: no hay sino dar muchas gracias á Dios y al santo Labrador; que cura tan buena y tan repentina, solo del Cielo po-*

dia recetarse. Encargóle el buen régimen, y se despidió.

Por el mes de Agosto de 1578 adoleció Vicente Berra de un fuerte tabardillo con dolor de costado. Duróle veinte y cinco dias; y por fin, despues de varios medicamentos, y tanto padecer, aseguró el Médico que dentro de veinte y quatro horas estaria difunto. Diéronle una bebida, y con ella se empeoró de tal suerte, que obligó á llamar á un Sacerdote para que le ayudase á bien morir, pues ya habia recibido los Sacramentos. Entretanto, saliendo su muger del aposento para traerle unos caldos, luego que el enfermo se halló solo, se levantó de la cama con el brio que daba á su debilidad y flaqueza el ansia de la sed, y cogiendo como pudo una cantarilla de agua de la fuente de S. Isidro bebió á su satisfaccion. En tan buena hora fue, que al punto se le sosegaron las agonias y fatigas de muerte en que se hallaba, y volvió á su cama por sí solo, limpio del dolor de costado y de la calentura. Traxeron los caldos, y los tomó muy bien, pero sin decir lo que habia hecho. Vino el que le habia de asis-

tir á la muerte , y hallándole tan mejorado se volvió. Llegó despues el Médico , y se admiró de que no hubiese ya muerto. Tomóle el pulso , y no encontrando en él ni el mas leve asomo de indisposicion , preguntó lleno de asombro qué novedad era aquella. Entonces Vicente le contó lo que habia hecho , y le habia sucedido. Maravillado el Doctor de lo milagrosa y prontamente que habia obrado aquella agua prodigiosa , exclamó : *Milagro evidentísimo , pues á no ser agua de San Isidro , tengo por cierto que hubiera reventado con ella : miren que traza de darle salud , y salud tan pronta y cabal.*

Habia en Madrid un buen hombre de la familia de los Salamancas. Era este muy molestado de calenturas y otras enfermedades ; mas era tambien tanta la devocion que tenia con el Santo , que apenas caia enfermo se iba como podia á su hermita , y aquí le pedia rogase á Dios por él. Despues se llegaba á la fuente , que hizo milagrosamente en aquel sitio , y con gran fe bebia muy bien , siendo este el mejor remedio que para su salud experimentaba ; por cuya razon llama-

ba á S. Isidro : *mi Médico.* Estando el dia 21 de Marzo de 1594 sentado cerca de la referida fuente , depone en jurídico Proceso , que vió llegar en un jumentillo una muger que llevaba dos muletas , por estar coja de ambos pies. Ayudada de ellas se apeó , y acercándose á la fuente bebió primero , y despues se metió de pies en el agua. A poco tiempo salió buena y sana , y entrando muy alegre en la hermita dió gracias al Santo , y se dexó allí sus muletas colgadas.

A este tenor sucedió otro prodigio con cierto hombre , á quien una mula dió una coz muy fuerte en la espinnilla de una pierna. A mas del imponderable dolor que le causó le hizo una herida que le traxo cojo mucho tiempo , sin poderse menear sino al arrimo de un báculo , y con mucho trabajo. Un dia , conducido de su pena , se fue á la hermita , y despues de haber hecho oracion al Santo , salió á la fuente , y lavándose con su agua la llaga , se le cerró al punto , y quedó sano. Una hija suya , llamada Maria Suarez , como vió este milagro en su padre , tomó mucha de-

devocion con el santo Labrador. Estando despues casada con Bartolomé Cortezudo, la mortificaba mucho una cólera recocida que se la ponía sobre el corazón, y la daba mucha pena. Acogióse al patrocinio de su Santo Abogado, y le suplicó, que como en otro tiempo habia dado salud á su padre, la favoreciese tambien á ella en aquel gran trabajo que padecia. Sin mas diligencia comenzó á mejorar, y á breves dias se sintió perfectamente libre de su enfermedad.

D. Gregorio de Usategui, Regidor de Madrid, hallándose enfermo de tercianas, abandonó quantos remedios dictaba la medicina, y solo apreció el agua de la fuente de nuestro glorioso Patron, á quien profesaba singular afecto. Mandó se la traxesen, y estando en el mayor ardor de la calentura, llevado de la confianza de su corazón, y de la fatiga de la sed, se echó á pechos una xarra de aquel agua. Inmediatamente se le quitó la calentura, y quedó perfectamente bueno. Lo mismo sucedió á D. Antonio Alvarez de Toledo y Luna, Señor de Morataláz. Hallába-

se en Getafe enfermo con algunos accidentes: repetíanle con tanta pena, que á veces le ponian en mucho peligro. Encomendóse al bendito Labrador, de quien era muy devoto. Mandó que fuesen á Madrid, y le traxesen agua de su fuente. Hicieronlo así, y despues de ofrecer que si le daba salud le iria á visitar á su hermita, bebió el agua, y luego conoció maravillosa mejoría.

En Olías se hallaba Don Diego de Luna Ponce de Leon muy enfermo con calenturas, y erisipela en parte peligrosa. Seis meses habia que estaba padeciendo sin alivio este buen Caballero. Acordóse de la fuente de S. Isidro Labrador, y parecióle que su agua le seria saludable y eficaz remedio. Despachó un criado á Madrid para que se la llevase. Vino este, y de vuelta llegó á Olías en punto de media noche. Luego que le oyó el enfermo, sin aguardar á mas pidió el agua, y en aquella misma hora bebió lo que le pareció. Sintió al instante notable mejoría, y quedándose dormido, quando despertó á la mañana le hallaron sin erisipela, sin calentura, y con entera salud.

Otro

Otro Caballero Portugués, llamado D. Gonzalo Pereyra Bareto, estuvo bien apretado de unas calenturas malignas. Encomendóse con tierna devocion á S. Isidro, y bebiendo con viva fe un vaso de agua de su santa fuente, sin otro medicamento se limpió de calentura, y quedó bueno de todo punto. Volvió á caer con la misma enfermedad. Avisado de su devocion y de la experiencia, recurrió al santo Labrador de Madrid, y sin mas diligencia ni medicamento que el antecedente, quedó sano como la primera vez. Correspondió el Portugués hidalgo á los milagrosos favores del Castellano glorioso con una grande y perpetua devocion, que expresaba en donde residia con fervorosos elogios, correspondientes á su muy christiano agradecimiento. Esto mismo executaba otra dama Portuguesa, llamada Doña Catalina Alonso, porque estando con calenturas continuas, sin que remedio alguno de la tierra bastase á corregir su mal, S. Isidro desde la gloria la concedió milagrosa salud, sin mas diligencia que beber el agua de su fuente.

D. Pedro de Vargas se hallaba muy postrado con unas calenturas perniciosas, y gota artética. Deseaba mucho verse libre de mal tan molesto. Ofrecióse al Santo muy de veras: bebió el agua de su fuente, y luego se sintió con mejoría conocida, levantándose de la cama dentro de cinco dias bueno y sano del todo. Aun con mas brevedad logró salud D. Benito Flores de San Vicente, Clérigo, natural de la Ciudad de Salamanca. Estando en Madrid á ciertas dependencias, le asaltó un mal cólico, que le puso la vida en no pequeño peligro. Hallándose así enfermo, y sin ganas de comer, se fue una tarde paseando poco á poco á la hermita del Santo. Mientras hacia oracion se le encendió en el corazon una fervorosa fe con el agua de aquella santa fuente; y en quanto bebió de ella se halló tan mejorado, que llegó á su posada con perfecta salud.

Un Regidor de la referida Ciudad de Salamanca, llamado Don Luis Nuñez de Prado Mexía, residiendo en la Corte estuvo enfermo con unas recias calenturas. No podia dormir ni sosegar; y quan-

quantas medicinas le recetaban le hacian notable daño, acrecentándole mas la enfermedad. Tenia en su casa agua, que habia mandado traer de la fuente de S. Isidro, y al mismo tiempo tenia tambien para su regalo de la que bebian los Reyes. Sucedió que pidiendo el enfermo le diesen agua del Rey, Maria Hoyos, su criada, la derramó toda al tiempo de echarla en el vaso. Como la vanidad de los políticos estima con extremo las cosas de Palacio, aunque no siempre son apreciables, se inquietó mucho D. Luis, sintiendo sobre manera la pérdida de aquella agua, y riñendo con demasiada alteracion el descuido. Entretanto traxo la criada un vaso de agua de la fuente de San Isidro, y llevándosela á su amo le dixo: *Ea, Señor, ¿para que es esa inquietud estando con calentura? Aquí hay agua del señor San Isidro, que es mucho mejor para los enfermos: miren ahora qué falta nos hará el agua del Rey, ni de la Reyna.* Catalina Garcia, ama de llaves, que se hallaba presente, dixo lo mismo. Sosegose algun tanto el enfermo: tomó el vaso, y enco-

mendándose al Santo bebió el agua. ¡Cosa por cierto milagrosa! En quanto la bebió arrancó del pecho una gran porcion de flemma podrida, se limpió de calentura, y se conoció milagrosamente sano. La criada Maria Hoyos, muy contenta repetia: *¿No decia yo bien? ¿No decia yo bien? ¿Qué agua del Rey ni de palacio? La agua de S. Isidro es la mejor, que hace milagros.* Quedó con esto aquel Caballero tan aficionado al santo Labrador, que sobreviniéndole el año de 1596 otra enfermedad no menos penosa que la primera, acordándose de su experimentado remedio, envió por él. Traxeron el agua de la fuente milagrosa, y en ayunas bebió una buena porcion. El prodigio fue que no pudiendo antes conciliar sueño, luego que la bebió se quedó dormido con gran sosiego, y de allí á una hora despertó sin calentura y sin enfermedad. Bendito sea Dios, que tan admirable es en sus Santos.

CAPITULO XII.

Vuelve S. Isidro á renovar desde el Cielo la estimacion de su fuente con un insigne milagro ; y con otros no menos prodigiosos premia la buena fe de los que bebieron otras aguas creyendo eran de su manantial milagroso.

Siendo de corta edad Francisco Martinez cayó enfermo el año de 1595 con calenturas continuas, de las quales sanó. Volvió á recaer, de que se le originó una calentura lenta que le puso muy malo. Al entrar en el día noveno de esta enfermedad manifestó señales tan malignas, que en dictamen de todos se moría sin remedio. Llegóse á verle su padre, y hallándole ya con los ojos quebrados, traspillados los dientes, y medio frias las extremidades, se salió diciendo que por no verle morir se iba á casa de un pariente suyo ; que en espirando le avisasen. Isabel de Santander, madre del niño, se quedó llorando la muerte de su hijo, que miraba cercana ; y andando por la casa buscando en que amorrajarle, oyó que con gran priesa pedía el moribundo le diesen

agua de la fuente de S. Isidro. Acudió la madre, con no menor admiracion que ligereza, y le dixo : *Pues, hijo mio, quién te ha dicho á tí del agua de S. Isidro ?* Respondió el niño con mas brío : *Si señora, si señora, yo quiero agua de la fuente de San Isidro, que el Santo me manda beber de ella.* Sin detencion alguna envió Isabel por ella, y luego que la bebió se le quitó la calentura y accidente, conociéndose claramente la salud.

Al anochecer volvió Pedro Martinez á su casa, y entrando á visitar al enfermo, al instante que le vió dixo muy contento y alegre : *Padre, ya estoy bueno, que San Isidro me ha sanado.* Contóle su muger quanto habia sucedido, y él quedó sumamente admirado, porque siendo el niño de tan corta edad, que aun no habia cumplido quatro años, ni podia tener noticia de S. Isidro, ni saber quién era, ni anhelar por su fuente con tan particular expresion en tanta debilidad de sentidos. Con esto, y con la salud evidentemente milagrosa, que tan presto se echó de ver, donde ninguna medicina humana podia aprovechar, *tuvie-*

ron por cierta la revelacion, y conocieron que S. Isidro gusta mucho se tenga en veneracion y aprecio su milagrosa fuente.

No nos dan menos luz para ver como el Santo atiende á la estimacion de sus prodigiosas aguas los sucesos siguientes. En el año de 1582 se hallaba muy fatigada de calenturas Maria de la Paz, muger de Mateo de Buenvecino. En fuerza de la enfermedad, y no menos en virtud de su devocion con S. Isidro, pedía con repetidas instancias la traxesen agua de su fuente, asegurando en este remedio conseguir su salud, y apagar su sed. Viendo sus porfiadas instancias, la traxeron un xarro de agua. Hiciéronla creer era de S. Isidro; pero en realidad era de otra fuente. Recibióla con su buena fe la enferma, y encomendándose al Santo, la bebió muy confiada. No quedaron sin premio su fe, su confianza y devocion, pues luego que la bebió recibió del Santo cumplida salud.

En el de 1594, se hallaba Alonso Gallo en la cama muy de peligro con un tabardillo grande, que le duró quince días. Daba mayor cuidado á Juana Royales su mu-

ger, verle azorrado con una modorra tal, que le tenia aturdida la cabeza, y como sin sentido. Llegó á tal extremo la enfermedad, que por la suma debilidad y flaqueza del enfermo no se le podia hacer remedio alguno. En siete dias no comió cosa de sustancia, ni pudo menear pie ni brazo. Al fin, le dieron la Santa Uncion por orden de los Médicos, que le dexaron ya, por desconfiar totalmente de su vida. Estando así el enfermo en los últimos vales, Isabel Hernandez, su suegra, que le estimaba mucho, le ofreció al santo Labrador, prometiendo que si le daba vida le llevaria á su hermita. Acercóse á la cama del enfermo, y le encargó mucho que hiciese lo mismo. A que respondió el yerno, que sí, que desde luego se ofrecia muy de veras al Santo.

Aquella noche, un accidente que le sobrecogió, le dexó tan yerto, y tan sin respiracion, que en inteligencia de quantos estaban allí era ya difunto. Volvió del parasismo, y al punto pidió le traxesen un poco de agua de la fuente de S. Isidro, que esperaba en Dios ponerse bueno con ella. Dixéronle que
en-